

EL PUERTO DEL SILENCIO

EL PUERTO DEL SILENCIO

JOSÉ REDONDO

Durii

A mi familia, por ser el puerto al que siempre volver.
A Julián, por acompañarme incluso en los
silencios y señalarme el camino de vuelta.

1

Un cerdo asado y un cuerpo repleto de cicatrices y moratones

En mis auriculares sonaba *Coming home*, de ARTBAT, con las vocales de John Martin. No se me ocurría un mejor momento que aquel para escuchar esa canción. Recordé el videoclip, evocaba la figura de muchos militares en el regreso de sus casas. Regreso de unas guerras sin nombre a unas casas sin nombre. En cierta manera, yo también volvía de una guerra, una que no entendía de miembros amputados, vísceras, ni familiares separados. Lo que no sabía muy bien es adonde volvía.

Por la ventana del taxi contemplé un prado verde donde algunas adolescentes corrían sin dirección alguna. Parecía que estaban jugando. Iban vestidas con anoraks, camuflándose del frío y de la humedad de aquel paraje. Me pregunté si aquellas chicas volvían también a casa y si, de alguna manera, aquellas tenían nombre.

Acababa de llegar a Mallorca después de pasar más de una década viviendo en Madrid. Era navidad, época que me disgustaba

y me hacía recordar todo lo malo que anidaba en muchas personas. Normalmente, a la gente de mi alrededor le encantaba aquellos días: las luces, los adornos y los reencuentros que se producían. Muchos veían el lado bueno de las cosas y de las personas, pero a mí me sucedía todo lo contrario. Los adornos no eran capaces de ocultar las rupturas, ni las heridas abiertas. Quizás, aquella época se usaba para disimularlas; por eso, una vez pasadas las fiestas y quitada la desfasada decoración, la realidad golpeaba con fuerza y la necesidad de contener los reproches desaparecía.

Mi pareja había fallecido unos meses atrás. Pensé que, con el tiempo, con algunos adornos, podía seguir en Madrid, pero aquel período solo me había servido para regocijarme en toda la oscuridad que había en mí, retroalimentándome de miserias.

No sabía muy bien por qué volvía con mi familia, por qué regresaba a un sitio del cual había huido. Era extraño volver a un lugar al que nunca había pertenecido. Entendía que debía abandonar Madrid, al menos una temporada, también mi trabajo en la policía como inspector de homicidios.

Nunca me había afectado ver un cadáver, por muy desfigurado que estuviera, hasta tener al de mi pareja encima de esa cama de metal. Había comprobado las marcas de su cuerpo con sumo cuidado. Entre lágrimas, había descubierto un mapa de moratones, arañazos y mordiscos. Todas esas marcas no eran huellas, porque las huellas perduraban y perdonaban; eran señales, señales de que él también había huido de mí para nunca regresar.

En el informe que se realizó por mis compañeros detallaba cuántos hombres habían participado en ese mapa de marcas, pero no fui capaz de leerlo. Ni lo sería con el paso del tiempo. Cuando estábamos juntos también me sucedía lo mismo, cuanta menos información supiera de él, más escueto era el dolor, porque siem-

pre lo había, por muy indetectable que este fuera. Había estado tan enamorado de Oliver, que muchas veces lo echaba de menos incluso aunque estuviera a mi lado.

La canción llegaba a su fin a medida que llegaba al lugar donde me había criado: Portocolom. En invierno, se convertía en un pueblo fantasma. Un pasaje que demostraba la belleza de lo desolador y la fragilidad que tenían las casas vacías. En verano, ese vacío se completaba con turistas bien vestidos que daban propina y ponían su piel al rojo vivo bajo el sol para denotar su distinción dentro de una sociedad mal distribuida.

Portocolom era un pueblo pesquero, con una bonita bahía y algunos barcos; sobre todo, pesqueros. Con el paso de los años, las casas de primera línea habían sido habitadas por extranjeros de diferentes nacionalidades; en su mayoría, alemanes. Considerado como uno de los parajes más bonitos de la isla y tranquilos para vivir, cada vez que pensaba en él, enfermaba.

Apagué la música de mi móvil y me quité los auriculares. Le pedí al taxista que tomara la primera salida de la rotonda que llevaba a la entrada del pueblo. La casa de mis padres se encontraba a los alrededores, a diez minutos en coche del centro. Era una finca apartada con muchas hectáreas de olivos.

El camino de tierra seguía como lo recordaba. Habían echado más gravilla para que los vehículos circularan mejor. La finca contaba con dos plantas y seis habitaciones. A pesar de haberse construido en los años noventa, tenía un cierto toque minimalista, destacando entre las típicas casas rústicas de la zona. Fachada blanca y grandes cristaleras. Mi padre y su equipo la habían construido, pero sabía que el diseño había corrido a cargo de mi madre. Nunca entendí por qué una mujer con tanto recelo de su intimidad podía vivir en una casa repleta de ventanales sin

persianas. Con los años, deduje que no era recelo lo que sentía, sino vergüenza, y con la fachada de esa casa, alejada, era más fácil disimularla.

Pagué al taxista y toqué al timbre. La finca contaba con un extenso jardín con césped, altas palmeras y una piscina grande. Se extendía un muro de piedra alrededor de la vivienda y una puerta negra automática.

—¿Sí? —Escuché la voz de mi madre al otro lado.

—Soy yo, mamá.

¿Cuánto hacía que no pronunciaba la palabra «mamá»? Tardó unos segundos en abrirme.

Cecilia, mi madre, había abierto el ventanal del salón que daba al jardín y me esperaba envuelta en una bata y un abrigo de firma. Las temperaturas habían descendido considerablemente en cuestión de días. En la isla, se añadía la humedad, haciendo que el frío calara en los huesos.

Avancé con una mochila a las espaldas y otra más grande que usaba para ir al gimnasio. Mi madre no cambió de expresión ni incluso cuando me encontré a escasos centímetros de ella. Dejé la maleta en el suelo y se limitó a abrazarme, distante, como si se tratara de una reunión de dos socios de empresas japonesas. Cecilia evitaba el contacto físico. Cuando era pequeño y paseábamos, solo me daba la mano en el momento en el que se encontraba con alguna vecina, manifestaba así su amor maternal. A veces me agarraba tan fuerte que me hacía daño.

—¿Ya no usas colonia?

—No, mamá.

Me condujo hasta mi habitación, que estaba en la primera planta, junto a la de mi hermano pequeño. Mi cuarto seguía igual que en la adolescencia. Un armario empotrado vacío, una cama de

matrimonio, un escritorio, una estantería con antiguos trofeos de atletismo, fotos de amigos de la infancia que no recordaba y un tablón de corcho con algunos dibujos de mi adolescencia, unos dibujos que me hacían la existencia más llevadera, alejándome de la realidad paralela de mi madre.

Me dijo que Alberto, mi hermano, llegaría para la cena, que estaba con unos amigos. Mi padre estaba terminando de trabajar y no tardaría en llegar.

—¿Tienes hambre?

Negué con la cabeza mientras deshacía mi equipaje.

—Te espero abajo. Marieta acaba de encender la chimenea.

Supuse que Marieta sería alguna trabajadora del hogar. Mis padres solían contratarlas desde que yo era un crío. Nunca duraban más de un año.

Mi madre se marchó de la habitación en silencio. Desde que tenía uso de razón, nunca la había visto correr, ni andar a paso ligero. Su manera de caminar era muy peculiar, como si acariciara el suelo con cada pisada. Nunca se la escuchaba, ni siquiera cuando calzaba tacones.

Ordené la ropa en el armario. No había traído muchas prendas. Prefería la ropa de verano, pero para que este llegara, faltaba mucho. Resultaba curioso, en Madrid nunca había tenido esa sensación de verano, solo cuando viajaba con Oliver una semana en agosto a Asturias, a su pueblo natal. Oliver era una persona de pocas palabras. Solía quedarse ensimismado, ausentado del mundo durante minutos. Quizá, lo que más me llamaba la atención de él era que era un enigma, un enigma al que le intentaba dar forma. Y a lo mejor resultó ser aquello el declive de la relación, dar forma a algo que no la tenía. Él nunca había madurado, pero

era ilícito aquello, y él me lo decía: estaba cansado de intentar ser algo que nunca sería.

Saqué un paquete de tabaco de liar de la marca *Sauvage* de la mochila. Me hice un cigarrillo. Había dejado de fumar dos años atrás, pero tras la muerte de Oliver reanudé ese mal hábito.

Mi habitación tenía un balcón con vistas a los olivos. En el balcón había una mesita y, sobre esta, un cenicero. Me extrañó verlo allí. Mi familia no fumaba ni tampoco sabía que yo lo hacía. Aunque las madres eran esa clase de especie que se adelantaban en el conocimiento. En ese balcón, me hubiera gustado que ella, siendo yo adolescente, me hubiera esperado, preocupada, a que llegara de alguna fiesta nocturna. Me hubiera gustado que hubiera sido de esas madres que nunca dormían porque se preocupaban por sus hijos, pero si ella lo hubiera hecho, si se hubiera preocupado, no lo hubiera hecho por mí, sino por ella. A Cecilia le aterraba el dolor y los quebraderos de cabeza. Algo que nunca dormía tampoco eran los genes, y, a pesar de alejarme de mi familia y de haber intentado cambiar ciertos patrones, había determinados hábitos que no eran fáciles de eliminar, que seguían en algún lugar, dentro de mí, dormidos, que se despertaban de vez en cuando. Que me dejara aquel cenicero allí había sido el mayor acercamiento que habíamos tenido en años y yo lo estaba llenando de cenizas.

Bajé al salón. Era enorme, diáfano, con tres sofás y varios cuadros de reputados artistas mallorquines. Contaba con una mesa larga y muchas sillas. Nunca había visto la mesa llena de personas. A mis padres, a pesar de ser muy sociales, no les gustaban las reuniones en su casa. Mi madre estaba en uno de los sofás bebiendo una copa de vino tino mientras miraba la televisión. La pantalla mostraba una escena donde aparecía una fila de mujeres sobre un escenario que eran asediadas con vejaciones por el productor

del espectáculo. ¿Era *Showgirls*? Recordé, cuando era pequeño, que tenía esa cinta en VHS y que mis padres nunca me la dejaban ver. Me gustaba la portada, esa brecha mostrando algo prohibido en la oscuridad.

Cuando era pequeño, solía levantarme en mitad de la noche para revisar aquellas cintas vetadas. Mi hermano no había nacido aún. Una noche, en la parte alta de un armario, descubrí una colección de revistas porno. Había varias de transexuales rubias y hombres negros penetrándolas en grupo.

Mi madre congeló la imagen en el momento en el que el productor le preguntaba a la protagonista de la película qué hacía allí. Ella le respondía: «ver cómo hace el cabrón». Mi madre me contempló en la lejanía. En ese instante mi móvil sonó. Salí a la terraza. Era Luis, mi amigo dentro del cuerpo de la policía. Nunca había sido tan antisocial como en la época de inspector, pero aquello se pronunció cuando conocí a Oliver. Luis me daba serenidad y siempre me aconsejó que saliera de esa relación.

—Hugo, ¿cómo estás?

—Bien. Acabo de llegar. Todo sigue igual.

—¿Y eso es bueno o malo?

No le respondí. Ni yo mismo lo sabía.

—Te echan de menos por aquí —añadió.

—Me echas de menos tú, que no es lo mismo.

Luis capitaneó al cuerpo el día del accidente de Oliver. Junto a su equipo de confianza, habían entrado en aquel caserón a las afueras de Madrid, alertados por la llamada de un anónimo, que resultó ser uno de los hombres que se encontraba en esa casa y que se había ido con anterioridad.

—Sabes que me puedes llamar cuando necesites.

—Lo sé.

—Hugo… sé que no quieres mirarlo, pero te envié el informe completo de la autopsia. No es el momento más adecuado, menos en esta época, y sé que estás con la familia, pero estaría bien para que salieras de dudas.

—No tengo dudas, Luis, por eso no quiero mirarlo.

—Quizá no me haya explicado bien.

Le quise preguntar a qué se refería, pero en ese momento solo quería fumar y colgar el teléfono.

—¿Y cómo vas con el caso de los Heredia? —pregunté, cambiando de tema.

—Siguen igual de hijos de puta. Conseguimos hablar con uno de su ejército, con uno de los pequeños. Menor de edad el muy cabrón y ya ha estafado a una veintena de abuelas. No lo hemos podido detener aún. Debo reconocer que me cayó bien el hijo de la gran puta durante el interrogatorio, ¿te puedes creer que escribe poesía?

De lejos vi el coche de mi padre llegar por el camino de gravilla, un Mercedes negro que seguro que sus obreros habían fantaseado con quemar en más de una ocasión.

—Luis, te tengo que dejar.

—Vamos hablando, Hugo. Y feliz Navidad.

—Feliz Navidad, Luis.

Mi padre, Roberto Vadell, era dueño de la constructora Vadell, la más famosa de las Baleares. La más famosa y la más especulativa. Mi madre trabajaba como profesora de literatura catalana, pero, al poco de tenerme, dejó de ejercer. Yo podía haber tenido una vida contemplada al hedonismo, pero había dos inconvenientes en la ecuación: que renegaba de ellos y que mis padres renegaban de mí. Me pregunté si Alberto había cambiado

ese patrón. Suponía que sí. Al contrario que yo, había decidido quedarse en la isla para cursar sus estudios universitarios.

Nos llevábamos doce años. Eso quería decir que cuando yo descubrí el mundo de la masturbación y el de la discusión con mis padres, él nació. Alberto acababa de cumplir la mayoría de edad, pero desde hacía varios años no nos hablábamos. No era que nos lleváramos mal, pero pasar tiempo juntos nos hacía ser cómplices de algo que no éramos.

Mi familia nunca estuvo de acuerdo con que me mudara a Madrid para estudiar. Intenté acabar varias carreras hasta que decidí prepararme las oposiciones de policía, aunque no fuera mi vocación en un inicio. Con el paso del tiempo, sin darme cuenta, me di cuenta de que se había convertido en mi pasión y de que no me imaginaba ejercer otra profesión. Hasta la muerte de Oliver.

Alberto había decidido estudiar ingeniería técnica industrial. Cursaba su primer año. Me sorprendió aquella decisión, ya que podía haber seguido los pasos de nuestro padre y trabajar en una oficina un par de horas al día mandando a peones que construyeran jaulas de oro.

No les había hablado de Oliver ni del accidente a mi familia. A la semana de su muerte, anhelé contarle que aún seguía enamorado de él, que había sido feliz durante los primeros años de la relación, que había encontrado un hogar con su familia, que me encantaba cómo me cocinaba, en especial la lasaña de verduras, pero no lo había hecho. No me arrepentía de no mostrar mis sentimientos, pero sí de sentir algo que quería hacer y la duda sobre cómo actuar.

Aquella noche, después de cinco navidades, nos habíamos reunido para cenar juntos. Y mientras Marieta nos servía el cerdo asado, no paraba de pensar en el cuerpo desnudo de Oliver repleto de cicatrices y moratones.